

bles viejos, muchas lanzas, cascos antiguos del tiempo del rey que rabió por gachas, cacerolas que pueden servir de escudos, mazas que para partir cabezas de franceses serán una bendición de Dios, guanteletes, pinchos, asadores, llaves viejas y otras mil armas mortíficas.

—De nada servirá nuestro valor—dijo Santorcáz,—si antes no acabamos con todos los traidores que hay en Madrid.

--Lo mismo digo—afirmó Mortero.

—Por todas partes no se ven sino espías de los franceses, y ahora es ocasión de que este señor regidor que aquí tenemos se luzca.

—Así es la verdad—dije yo.—Sé de muchos que se fingen muy patriotas, y están vendidos á los franceses. Los que hacen más aspavientos y dan más gritos, y más gallardean de patriotas, son los peores. ¿No es verdad, Santorcáz?

—Pues acabar con ellos.

—Para eso nos bastamos y nos sobramos—añadió Majoma.—Y vengan malos patriotas y gabachones, para dar cuenta de ellos.

—Personajes conozco yo—dijo Mañara,—que han de morir arrastrados, si Dios no lo remedia; y si llego á ser regidor, ya nos veremos las caras, señores afrancesados.

—Esa es la gente más mala—afirmó Santorcáz con mucho desparpajo,—más desvergonzada y más traidora que hay; y si no ponemos mano en ellos, no saldremos bien de esta guerra. Porque yo sé que hay quien está

tramando abrir las puertas de Madrid si nos ponen asedio.

—Pues despacharlos, y se acabó la junción—dijo Pujitos.—En mi compañía están tan rabiosos, que sólo con decir “ese es gabacho,” se le van encima y le quieren despedazar.

—Los peores—repetí yo, teniendo el gusto de que el tío Mano apoyara enérgicamente mi opinión,—son los que chillan y enredan, y están á todas horas hablando de traidores; y si no, aquí está Santorcáz, que conoce á la gente y lo puede decir.

—Así es, en efecto—repuso el fracmasón algo contrariado;—pero que hay traidores, no tiene duda.

XI

Don Diego, la Zaina y las otras tres damas, no menos que ésta famosas, habían entablado animada conversación, formando otro corrillo.

—No se olvide el señor condito—dijo Menegilda,—que nos prometió traer una noche á su novia.

—Si yo no tengo novia.

—Sí que la tiene. ¿No es verdad, Gabriel, que tiene novia?

—Y más bonita que el sol—respondí acercándome.

—Vamos, la tengo—dijo Rumblar;—pero

no la quiero, Zainilla. No te vayas á poner celosa.

—Ya estoy frita con los tales celos, niño mío—contestó la maja.—Pero ¿por qué no la trae aquí una noche?

—Antes traerá una estrella del cielo—afirmó Mañara, acercándose al grupo femenino.

—Don Diego me ha ¡rometido traerla, y la traerá—dijo Santorcáz, atraído también por aquel coloquio.

—¡Sí—indicó Mañara,—la familia de ese señorito iba á permitir que una tan delicada doncella viniera á estas casas!

—¡A estas casas!—exclamó la Zaina.—¿Estamos en algún presillo? Más honrada es mi casa, Sr. D. Juan, que muchas de señoras amadamadas, por donde usía anda en malos pasos.

—Calla, tonta—dijo Mañara de mal humor.

—Y buenas princesas ha traído usted á esta casa, y á la de Pelumbres y de la Primorosa—añadió Ignacia.—Toas semos unas, y no lo igo por esa duquesa y con quien fué hace dos noches en ca la Pelumbres. Alifonsa, ¿sabes quién es? ¿Te acuerdas de aquella duquesilla amojamada, que parece un almacén de huesos? Si D. Juan la trae por aquí, pondremos una fábrica de botones.

—¿Qué hablas ahí, zafiota, animal sin pluma?—exclamó Mañara con vivo arrebató de ira.—Habla mejor si no quieres que con tu lengua haga una pantufla para azotarte la cara.

—¡A mí con esas el asno regidor!—vocife-

ró la Zaina.—Después que le he despreciao, después que he tenido que escupirle en la cara para que no anduviera tras de mí chupándose la tierra que yo pisaba, ¿ahora viene con esa? Con las barbas de un usía friego yo los cacharros de la cocina, y tripas de caballo le echo á mi gato.

—¡Condenada manola!—dijo Mañara cada vez más encolerizado.—La culpa tiene quien te ha dado esas alas y quien con personas bajas se entretiene. ¿Para qué tomas en tu ruín boca el nombre de señoras respetables de quien no mereces besar la suela del zapato? ¡Cuidado con los celitos de la niña!

—¿Celos yo?—exclamó la maja más encendida que la grana.—¡Por Dios, que me quiere usted, so pringoso: tomélo por estera y se creyó cortejo.

Y diciendo esto, lanzó un salivazo en medio del corrillo.

—¡Miserable mujerzuela! ¡La culpa tiene quien se arrima á tí, por hacerte gente si quiera un día!

—¡Eh, eh! poco á poquito—dijo á este punto el tío Mano de Mortero, que de espectador indiferente de aquella escena se trocaba en actor de ella.—Eso de mujerzuela es de gente mal hablada, y aquí no se habla mal de nadie, y lo que es mi hija tiene su siempre y cuándo como cualquier otra. Que el señor D. Juan no nos toque á la honor, porque á mí no me falta un saco de onzas de oro ensayadas para apedrear á cualquiera. Y tú, princesa mía, ¿á que le haces tantos cocos ahora

al Sr. de Mañara, cuando há pocos días te chiflabas por él, y si alguna noche faltaba su señoría á hacerte compañía ó á ayudarte á rezar el rosario, ponías en el cielo unos suspiros como catedrales? Anda, que todos son buenos, y váyase lo uno por lo otro.

—¿Suspiritos tenemos?—preguntó Mañara con presunción.

—Y si hubo suspiros—dijo Mortero,—mi hija es una persona de etiqueta, y los puede echar como cualquiera otra, aunque sea por el rey; que si está en el cajón de verduras, es porque quiere, que su padre ya le ha prometido varias veces ponerla al frente de una casa de bebidas finas.

—¡Yo suspirar por ese animal!—dijo la Zaina.—Por lástima le he mirao una vez cuando iba al cajón á echarme flores.

—Eso quisieras tú; pero no se estila echar margaritas á puerco.

La Zaina hizo un movimiento. El demonio fué sin duda quien llevó á sus irritadas manos una botella de las que en la mesa contigua había, y disparóla con tanta fuerza contra Mañara, que á no apartarse éste vivamente, viéramos allí partida en dos la cabeza más dura que ha gastado presunto regidor en el mundo. Levantóse éste furioso para castigar el descomedimiento de la Zaina; pero con tanta presteza acudió D. Diego en defensa de la verdulera, que sobre él cayeron los primeros golpes. Lleno de rabia al verse aporreado, arremetió contra Mañara, á punto que el tío Mano de Mortero empezaba á pro-

bar la exactitud de su apodo, repartiendo algunos puñetazos sobre tios y troyanos. Las majas Narcisa, Menegilda y Alifonsa, declaráronse también en guerra, por dar gusto á las inquietas manos, y bien pronto de todos los allí presentes no quedó uno que no llevase su óbolo á tal colecta de golpes y gritos. Era aquello una bendición de Dios, y juro que jamás habría yo metido mis manos en aquel fregado, si no me incitara á ello una caricia que sentí en mitad de la espalda, hecha por mano desconocida. Y lo peor fué que Majoma, hombre ingenioso, inclinado siempre á sacar partido de tales alteraciones del orden privado, descargó varios palos sobre el candil que la oscura iluminaba, y al punto nos vimos todos de un color. Aquí fué el arreciar de los puñetazos, y el esfuerzo de los gritos y el rodar unos sobre otros, y si bien el peso de un cuerpo nos oprimía á veces, también el nuestro caía en humanas blanduras, de cuyos choques provenían los pellizcos, arañazos y demás proyectiles menudos. Por aquí se oían voces lastimeras, por allá gritos de venganza, y sobre toda especie de rumores, descollaba la voz estentórea del tío Mano de Mortero, diciendo:

—En mi casa no ha de haber escándalos, y el que diga que aquí se siente el vuelo de una mosca, miente. Vamos, amiguitos; no meter tanto ruido ni pegar tan recio. Esto es una broma: con que paz y pan, y divertámonos.

Y á todas estas la vecindad se alborotaba, y en la calle deteníase la gente curiosa, no

porque le hiciera novedad aquel ruido, sino por gozar de él, y se temió la intervención de la justicia, lo cual hería al Sr. Mano en lo más delicado de su dignidad, y por fin hubo uno que pudo dar con la puerta y abrirla y echarse fuera, con lo cual, habiendo entrado un poco de luz, pudimos vernos. Todo indicaba que íbamos á tener una visita alguacilesca, lo que me impulsó á coger por un brazo á D. Diego y echarlo conmigo afuera, y bajar á saltos la escalera hasta dar con nuestros cuerpos en la calle, por la que nos escu- rrimos sin miedo á la corchetería.

Cuando nos vimos lejos, acortamos el paso, contemplándonos uno á otro. D. Diego había padecido más averías que yo en la refriega, y ostentaba en la cara un verdugón hecho por buena mano.

—¡Maldito de mí!—exclamó tentándose los bolsillos de sus calzones.—¿Sabes que me han quitado mis dos relojes? ¡Pues también el dinero, todo el dinero que llevaba!

—Era de suponer, Sr. D. Diego—le respondi registrándome también,—pues no salimos de ninguna misa cantada. Y por lo que veo, á mí también me han desplumado.

—¿Te quitaron el reloj?

—No señor, el reloj no me lo han quitado ni me lo quitarán todos los cacos del mundo, porque no lo tengo; pero sí perdí un dinerillo; bien poco, por cierto.

—¡Dios mío! Sin relojes, sin dinero...—exclamó doloridamente D. Diego.—¿Con qué compraré ahora las diecisiete varas de coto-

nia que quiere la Zaina? ¿Con qué alquilaré el coche para que vaya el lunes á los novillos? Si Santorcáz no me presta, me moriré.

—Diecisiete varas de fresno, que no de cottonia es lo que merece esa gentuza—le contesté;—pues es necesario estar loco ó enamorado para poner los piés en tales casas.

XII

Como antes indiqué, no pude obtener licencia para salir de Madrid, porque la villa, viéndose pronto en gran aprieto, cayó en la cuenta de que necesitaba de toda su gente para defenderse. ¿Por qué no me marché? ¿Quién me lo impidió? ¿Quién torció el camino de mi resolución? ¿Quién había de ser sino aquel que por entonces era el trastornador de todos los proyectos, el brazo izquierdo del destino, el que á los grandes y á los pequeños extendía el influjo de su invasora voluntad? Sí: el baratero de Europa, el destronador de los Borbones y fabricante de reinos nuevos, el que tenía sofocada á Inglaterra y suspensa á la Rusia, y abatida á la Prusia, y amedrentada al Austria, y oprimida á la hermosa Italia, osó también poner la mano en mi suerte, impidiéndome pasar á otro ejército.

Es, pues, el caso, que el D. Quijote imperial y real, como algunos de nuestros paisanos le llamaban, no sin fundamento, había entrado en España á principios de Noviembre

con ánimos de instalar de nuevo en Madrid la botellesca corte. A él se le importaba poco que los españoles llamasen tuerto á su hermano, y fijo en el número y fuerza de nuestros soldados, no atendía á lo demás. Una vez puesto el pié en tierra de España, no le agradó mucho que el mariscal Lefebvre ganase la batalla de Zornoza, porque sabido es que no era de su gusto que se adquiriese gloria sin su presencia y consentimiento. Mandó, sin embargo, al mariscal Victor que persiguiese á nuestro desgraciado Blake, cuyas tropas se habían reforzado con las del marqués de la Romana, escapadas de Dinamarca, y aquí tienen ustedes la batalla de Espinosa de los Monteros, dada en los días 10 y 11, y perdida por nosotros, por más que el Gran Capitán, con más celo que buen sentido, se empeñe en negarlo. ¡Ay! No hagan ustedes caso de aquel mi honradísimo y optimista amigo, y crean á pié juntillas que lo de Espinosa fué una gran derrota, aunque no sin gloria para nuestras hambrientas, desnudas y fatigadas tropas. Valientes oficiales perecieron en ella, y grandes apuros y privaciones pasaron todos, sin un pedazo de pan que llevar á la boca, ni una venda que poner en sus heridas.

Así sucumbió el ejército de la izquierda, cuyos restos, salvándose por las fragosidades de Liébana, recalaron por tierra de Campos, para ser mandados por el marqués de la Romana. No fué más dichoso el ejército de Extremadura en Gamonal, cerca de Burgos, pues Bessieres y Lasalle lo destrozaron tam-

bién el mismo fatal día 10 de Noviembre, y el 12 entraba en la capital de Castilla el azotador del mundo, publicando allí su traidor decreto de amnistía. Aún nos quedaba un ejército, el del centro, que ocupaba la ribera del Ebro por Tudela: mandábalo Castaños; pero nadie confiaba que allí fuéramos más afortunados, porque una vez abierta la puerta á las calamidades, éstas habían de venir unas tras otras á toda prisa, como suele suceder siempre en el pícaro mundo. También nos preparaba el cielo en el Ebro otra gran desgracia; pero á mediados de Noviembre, cuando corrieron por Madrid las tristes nuevas de Espinosa y de Gamonal, aún no se había dado la batalla de Tudela.

El pánico en Madrid era inmenso, y se creía segura la pronta presentación del corso en las inmediaciones de la capital. ¿Qué podía oponérsele? No quedaba más ejército que el del centro, situado allá arriba á orillas del Ebro. ¿Quién detendría al invasor en su marcha terrible? La junta se desesperaba y los madrileños creían acudir á remediar la gravedad de las circunstancias, entusiasmándose. ¡Ay! Después de mandar algunas tropas á los pasos de Somosierra y Navacerrada, ¿qué ejército de línea quedaba para defender á Madrid? Da pena el decirlo. Quinientos soldados.

Los paisanos armados eran ciertamente muchos; pero había muy pocos fusiles, y de éstos la mitad eran inútiles por falta de cartuchos, y ¿con qué se hacían los cartuchos, si

no había pólvora? A esto habíamos llegado cuatro meses después de la victoria de Bailén. Todo al revés. Ayer barriendo á los franceses, y hoy dejándonos barrer; ayer poderosos y temibles, hoy impotentes y desbandados. Contrastes y antítesis y viceversa, propias de la tierra, como el paño pardo, los garbanzos, el buen vino y el buen humor. ¡Oh, España, cómo se te reconoce en cualquier parte de tu historia, á donde se fije la vista! Y no hay disimulo que te encubra, ni máscara que te oculte, ni afeite que te desfigure, porque adonde quiera que aparezcas, allí se te conoce desde cien leguas con tu media cara de fiesta, y la otra media de miseria; con la una mano empuñando laureles, y con la otra rascándote tu lepra.

—Hola, Gabriel, ¿tú por aquí?—me dijo Pujitos en la Puerta del Sol el día 20 de Noviembre.—Ya sabes que tenemos de regidor á nuestro amigo D. Juan de Mañara. El es el encargado de la cartuchería. ¿Tienes fusil?

—Y bueno. ¿Pero todavía no se dice nada de fortificar á Madrid, ni se trata de abrir fosos y levantar parapetos y abrigos, ya que á esta villa y corte la hicieron sin murallas ni otra defensa alguna?

—Todo eso se va á hacer. Pero lo que más falta hace es la cartuchería y armas.

—¿Dónde hacen cartuchos?

—En varias partes. Allá junto al colegio de Niñas de la Paz hay más de sesenta personas trabajando en ello noche y día.

—Pero de nada nos sirven los cartuchos

sin armas, Sr. de Pujitos—le dije.—Yo conozco muchísimos hombres valientes que no tienen sino chuzos, pedreñales y espadas llenas de orín.

—Eso será nonada, y si no nos hacen traición...

—¡Traición!

—¡Si; aquí hay muchos traidores!

—Ahora como la gente anda tan exaltada, es común llamar traidores á los mejores patriotas.

—Gabriel—dijo deteniéndose en medio de la calle y asomando por el embozo de su capa un dedo con el cual ciceronianamente acentuaba sus palabras,—cuando yo lo digo, sabido me lo tengo. ¿Te acuerdas de lo que se habló hace noches en casa del tío Mano? ¿Te acuerdas cómo se puso furioso el Sr. de Santorcáz contra los traidores? Pues hemos descubierto que ese Sr. de Santorcáz ó D. Demonio, es espía del córcego. Velay por qué estaba tan enfoguetado.

—No es la primera vez que lo oigo.

—El les escribe cartas de lo que aquí pasa, y con el dinero que le dan paga gente alborotadora, que arme camorras entre la tropa. Como éste hay muchos, y se dice que señores muy alcorniados están vendidos á los franceses. Pero, Gabriel, que se nos amostacen las narices, y veremos á dónde van á parar. Hay otros que aunque no son traidores, son melindrosos, y no quieren lo que llaman *Constitución*, la cual se va á poner ahora pa acabar con el espotismo. ¿Sabes tú lo que es

el espotismo? Pues el espotismo es una cosa muy mala, muy mala. A bien que desde que acabamos con Godoy y todos los lairones que con él vivían, se acabaron todas las picardías, y ahora, luégo que demos fin á esto del córcego, los reinos de España se van á gobernar de otra manera, y estaremos tan bien, que no nos cambiaremos por los ángeles del cielo.

Y diciendo esto, dió media vuelta y marchóse lejos de mí á toda prisa. No tardé yo en acudir pronto á la formación de mi compañía.

Ante las evidentes muestras de alarma que á todas horas se observaban en Madrid, mal podía el optimismo del Gran Capitán sostenerse en las ideales regiones donde le hemos visto cernerse, como el águila de la patria á quien ni el peligro ni el miedo pueden obligar á abatir su majestuoso vuelo. Ya no era posible negar la derrota de Espinosa, ni tampoco la de Gamonal, y sólo los locos podrían suponer á Napoleón dispuesto á detenerse en su victorioso camino. Muchos días resistióse el fuerte espíritu de mi amigo á la evidéncia de tantos descabros; por muchos días sostuvo que nuestras armas victoriosas echarían á los franceses con su malhadado emperador del otro lado del Bidasoa; por muchos días continuó atribuyendo á los papeles públicos la pérvida invención de aquellos absurdos acontecimientos que no cabían en su homérica cabeza; pero al fin la muchedumbre de las noticias malas, la agitación pública, el pánico de todos, la general zozo-

bra, y el tumulto y laberinto de los preparativos de defensa rindieron golpe tras golpe el formidable castillo de su terquedad, dando en tierra con tantas ilusiones. El héroe no aparentó desmayar con esto, antes bien se reía tomando la cosa como una fiesta. Lleno de confianza en la capital, siempre negaba que Napoleón se atreviese á ponerse delante de los madrileños, y esta fué una tenacidad que le duró contra viento y marea hasta el 25 de Noviembre, en cuya noche al retirarse á su casa, preguntóle doña Gregoria, como siempre, las noticias de la tarde:

—Nada, mujer—repuso frotándose las manos, y promulgando por medio de desdeñosas sonrisas la categórica confianza que llenaba su espíritu.—Nada, mujer: emperadorcito tenemos.

XIII

Y el emperadorcito salió de Burgos el 22; detúvose en Aranda el 24; el 29 estaba en Boceguillas, y por fin el 30 llegó á Somosierra.

En Madrid la alarma crecía en tales términos, que ya en 23 de Noviembre se pensaba en una defensa formal, guarneciendo el circuito de la corte para hacer de ella con el valor de sus habitantes una segunda Zaragoza. Era capitán general de Castilla la Nueva el marqués de Castelar, y gobernador de la plaza D. Fernando de la Vera y pantoja; pero